



X

Al día siguiente Pedro, cuyo único pensamiento era el de acabar cuanto antes, quiso ponerse en campaña. Habíase, sin embargo, apoderado de él una gran incertidumbre: ¿á qué puerta llamar la primera; por qué personaje comenzar las visitas si quería evitar una falta entre una sociedad que comprendía era tan vanidosa y complicada? Y como quiera que en el momento en que abría la puerta para salir tuvo la suerte de ver en el corredor á don Vigilio, el secretario del cardenal, le rogó que entrase un momento en su cuarto.

—Vais á prestarme un gran servicio, señor abate, y me entrego á vos porque tengo necesidad de un consejo.

Comprendía Pedro que, aquel hombrecillo delgado, de azafranado cutis y al que continuamente hacía tiritar el escalofrío de la calentura y que hasta entonces había, al parecer, huído de él por temor de comprometerse,

terse, estaba muy enterado y mezclado en todo no obstante su discreción extremada y medrosa. Hacía, sin embargo algún tiempo que se mostraba menos hurafío, que centelleaban sus negros ojos cuando encontraba á su vecino como si experimentase la misma impaciencia que debía consumir á aquel, al verse inmovilizado de aquella manera durante unos días tan largos. Por esto no trató de esquivar la conversación.

—Os suplico que me perdoneis—añadió Pedro,—por haceros entrar en esta habitación tan desarreglada porque esta mañana precisamente he recibido de París ropa blanca y de invierno... Figuraos que vine sin traer más que una maletita para pasar quince días y pronto hará tres meses que estoy aquí, y tan poco adelantado como la mañana en que llegué.

Don Vigilio hizo un ligero movimiento de cabeza asintiendo.

—Sí, sí, ya lo sé.

Explicóle entonces Pedro que monseñor Nani le había enviado á decir por medio de la *contessina*, que obra-se, que visitase á todo el mundo para defender su libro y estaba muy apurado no sabiendo como empezar esas visitas para que produjesen un resultado útil. ¿Debía por ejemplo ir á visitar antes que nadie á monseñor Fornaro, el prelado consultor encargado de dictaminar sobre su libro y cuyo nombre le habían dicho?

—¡Ah!—exclamó don Vigilio estremeciéndose.— ¡Monseñor Nani ha llegado hasta ese extremo, hasta deciros el nombre! ¡Ah!... ¡Esto es mucho más de lo que yo creía!

Olvidándose de todo, dejándose arrastrar por la pasión, añadió:

—¡Nó! ¡Nó! No empeceis por monseñor Fornari. Ante todo id á hacer una visita con mucha humildad al prefecto de la congregación del Índice, á su eminencia el cardenal Sanguinetti, porque éste no os perdonaría jamás el que hubieseis ido á prestar á otro, antes que á él, ese primer homenaje y si lo sabía algún día...

Se calló, y en voz baja, sacudiéndole los escalofríos de la calentura, dijo:

—Y si lo sabría, porque todo se sabe.

Luego, como si cediese á un impulso, al brío de la simpatía, cogió las manos del joven presbítero extranjero diciéndole:

—Os juro, mi querido señor Froment, que me consideraría muy dichoso pudiéndoos ser útil en alguna cosa, porque tenéis un alma sencilla y acabais por darme pena... Pero es preciso que no me pidais lo imposible... ¡Si supiéseis, si os confiase todos los peligros que nos rodean!... No obstante esto, creo poderos decir hoy que no conteis en manera alguna con mi amo el cardenal Boccanera que, en muchas ocasiones y en mi presencia, desaprobó vuestro libro, pero en absoluto. Lo único que hay es que éste es un santo; un grande hombre honrado, que si no os defiende, tampoco os atacará permaneciendo neutral por miramiento á la *contessina*, su sobrina, á la que idolatra y que os protege... Cuando le veais no defendais vuestra causa porque no serviría de nada y le irritaría.

A Pedro no le apenó mucho la confidencia porque, desde su primera entrevista con el cardenal había comprendido, lo mismo que en las contadas visitas que respetuosamente le había hecho más tarde, que nunca tendría en él más que un adversario.

—Procuraré,—dijo,—darle las gracias por su neutralidad.

Al oírle, domináronle otra vez todos sus terrores á *don Vigilio*.

—¡Nó! ¡Nó! No hagais semejante cosa porque tal vez comprendería que os he hablado ¡y qué desastre! ¡Comprometaría mi situación! No he dicho nada... nada he dicho... Id á visitar ante todo á los cardenales... á todos los cardenales... Quedamos, pues, en que no dije más que esto ¿conformes?

Y no queriendo decir nada más se marchó de la habitación, estremeciéndose, escudriñando el corredor á derecha é izquierda con sus ojos centelleantes, llenos de inquietud.

Enseguida marchóse Pedro para hacer la visita al cardenal Sanguinetti. Eran las diez y tenía algunas esperanzas de encontrarle. El cardenal vivía al lado de la iglesia de San Luis de los Franceses en una calle oscura y estrecha, en el primer piso de un palacio no muy grande arreglado burguesmente. No era ni mucho menos la ruína gigantesca, de una grandeza regia y melancólica, en que vivía obcecado el cardenal Boccanera, y el antiguo salón reglamentario de gala estaba muy reducido, lo mismo que el tren. No había allí tampoco sala del trono, ni el gran sombrero rojo colgado bajo un dosel, ni el sillón esperando la ida del papa y vuelto de cara á la pared. Dos habitaciones seguidas servían de antecámaras á un salón en el que recibía el cardenal y, en su conjunto, todo sin lujo y hasta sin comodidad; muebles de caoba que databan de la época del imperio, tapicerías, alfombras y cortinajes polvorientos y deslucidos por el uso. El visitante tuvo que llamar varias veces y esperar á que saliese á abrir un criado que con

mucha calma se estaba poniendo la librea y que entreabrió un poco la puerta para decir que su eminencia se hallaba desde la víspera en Frascati.

Recordó entonces Pedro que, en efecto, monseñor Sanguinetti era uno de los obispos suburbicarios. Tenía en Frascati, en su obispado, una villa á la que iba á pasar algunos días cuando la necesidad de descanso ó una razón política le obligaba á ello.

—¿Y volverá pronto su eminencia?

—No se sabe... Su eminencia no se encuentra bien de salud y nos encargó mucho que no mandásemos allá abajo á nadie que pudiese molestarle.

Cuando Pedro se halló otra vez en la calle se quedó desconcertado con este primer contratiempo. ¿Debía, sin perder más tiempo, puesto que las cosas urgían, marcharse desde luego á visitar á monseñor Fornaro que vivía en la plaza de Navona que estaba próxima? Recordó entonces que *don* Vigilio le había recomendado que visitase primero á los cardenales y se le ocurrió una idea; resolvió ir inmediatamente á visitar al cardenal Sarno con el que por fin había hecho conocimiento en las reuniones de los lunes de *donna* Serafina. En medio de su voluntario anulamiento, todo el mundo le consideraba como uno de los miembros más poderosos y temibles del Sacro Colegio, lo que no impedía que su sobrino, Narciso Habert, dijese que no conocía hombre más obtuso tratándose de asuntos ajenos á la congregación y á sus ocupaciones habituales. Si no formaba parte de la congregación del Índice, al menos podía dar un buen consejo y tal vez hacer algo con sus colegas dada su gran influencia.

Encaminóse Pedro directamente al palacio de la Propaganda, en donde sabía podría encontrar al carde-

nal. Ese palacio, cuya pesada fachada se ve desde la plaza de España, es un edificio macizo y desnudo, que ocupa una esquina entre dos callejuelas. Y Pedro, al que el italiano chapurrado que hablaba le servía de poco, se perdió en él, subió dos pisos que tuvo que volver á bajar, recorriendo un verdadero laberinto de escaleras, salas y corredores. Tuvo al cabo la suerte de tropezar con el secretario del cardenal, un presbítero joven y muy amable, al que había conocido en el palacio Boccanera.

—Sin duda que su eminencia querrá recibiros... Hicisteis muy bien en venir por la mañana y á estas horas, que son aquellas á que está siempre... Hacedme el favor de venir conmigo.

Fué un nuevo viaje. El cardenal Sarno, que durante muchos años había sido secretario de la congregación de la Propaganda, de la que después presidió como cardenal una de las dos comisiones en que está dividida, la que organizaba el culto en los países de Europa, Africa, América y Oceanía nuevamente conquistados al catolicismo, y en ese concepto tenía allí un despacho, oficinas, toda una instalación administrativa, en la que reinaba como funcionario maniático, que había envejecido sobre su sillón de cuero, sin salir nunca del estrecho círculo de sus carpetas verdes y sin conocer más de la vida que el espectáculo de la calle visto desde su ventana, al pie de la que pasaban carruajes y peatones.

En el extremo de un corredor oscuro, que tenía encendidos hasta de día los mecheros de gas, dejó el secretario á su acompañante, al que dijo se sentase en una banqueta. Pasado un largo cuarto de hora, volvió á presentarse con su aire servicial y amable.

—Su eminencia está ocupado en este momento celebrando una entrevista con unos misioneros que van de viaje, pero concluirá enseguida, y me dijo os hiciera pasar á su despacho, en donde podéis esperarle.

Cuando Pedro se quedó solo en el salón, púsose á examinarlo todo con mucha curiosidad. Era una vasta habitación, desprovista de todo lujo, tapizada de papel verde y alhajada con muebles sencillos, revestidos de damasco verde y con armaduras de madera negra pintada. Las dos ventanas, que daban á una calle lateral obscura y estrecha, iluminaban con una luz mortecina las paredes ensombrecidas y la alfombra desteñida y no había, fuera de las dos consolas, más que la mesa escritorio, muy sencillo y de madera negra, colocado al pie de una de las ventanas. Su raído tapete desaparecía bajo los montones de papeles y de legajos que la cubrían enteramente. Por un momento se acercó para ver aquel sillón hundido por el uso, el biombo que lo resguardaba frioleramente y el antiguo tintero, todo él por fuera, manchado de tinta. Después empezó á impacientarse al respirar aquel aire pesado y muerto, que le oprimía en medio de un silencio inquietador, turbado tan solo por los ruidos ahogados de la calle.

En el momento en que iba á ponerse á pasear por el despacho, fijóse la mirada de Pedro en un mapa colgado de la pared y cuya vista le preocupó desde luego, haciéndole concebir los más vastos pensamientos, hasta el punto de olvidarlo todo. Ese mapa, en colores, era el del mundo católico, la tierra entera, el mapa mundi desarrollado, en el que, con diversos colores se indicaban los países según que pertenecían al catolicismo victorioso, dueño absoluto, ó bien al catolicismo siempre en lucha con los infieles, y estos últimos territorios cla-

sificados según la organización, en vicariatos ó prefecturas. ¿No era eso gráficamente todo el esfuerzo secular del catolicismo, la dominación absoluta universal que ambicionó desde el primer momento y que no ha dejado de querer ni de perseguir á través de los tiempos? Dios dió el mundo á su Iglesia; pero es preciso que ésta tome posesión, puesto que el error se empeña en hacerse soberano. De ahí la batalla eterna, los pueblos que, aun en nuestros días, se trata de arrancar á las religiones enemigas, como se hacía en la época en que los Apóstoles abandonaron la Judea para ir á predicar el Evangelio. Durante la Edad Media la gran tarea fué la de organizar la Europa conquistada, sin que ni siquiera se pudiese intentar la reconciliación con las Iglesias disidentes de Oriente. Mas tarde, cuando la Reforma, fué el cisma añadido al cisma, la mitad protestante de Europa y todo el Oriente ortodoxo que había que reconquistar.

Con el descubrimiento del Nuevo mundo se despertó el ardor guerrero, y Roma ambicionó apoderarse de esa segunda faz de la tierra y se crearon las misiones que fueron enviadas para someter á Dios aquellos pueblos ignorados la víspera que El le había dado con los demás. Las grandes divisiones actuales de la cristiandad se formaron por sí mismas; á un lado las naciones católicas, en las que solo tenía que conservarse la fé y que dirigía de una manera soberana la secretaría de Estado, instalada en el Vaticano; y al otro, las naciones cismáticas ó simplemente paganas, que se trataba de llevar otra vez á su cuna ó de convertir y sobre las cuales hacía grandes esfuerzos para reinar la congregación de la Propaganda. Tras de esto, esa congregación tuvo que dividirse en dos ramas para facilitar así el trabajo; la

rama oriental encargada especialmente de las sectas disidentes de Oriente y la rama latina, cuyo poder se extendió sobre todos los demás países de misión. Vasto conjunto de organización conquistadora, red inmensa de mallas fuertes y apretadas que, arrojada sobre el mundo, no debía dejar escapar ni un alma.

Solo entonces, ante aquel mapa mundi, tuvo Pedro la sensación clara de lo que era toda aquella máquina que funcionaba hacía siglos y cuyo objeto era el de absorber la humanidad. Dotada con riqueza por los papas y disponiendo de un presupuesto de consideración, la vió como si fuese una fuerza aparte, un papado dentro del papado, y entonces comprendió el nombre «Papa Rojo» dado al prefecto de la Congregación, porque ¿de qué poder ilimitado no gozaba aquel hombre de conquista y de dominación, cuyas manos van de un extremo á otro de la tierra? Si el cardenal secretario tiene la Europa central, un punto tan estrecho del globo, el prefecto de la Propaganda tenía él solo todo el resto, espacios infinitos, los lejanos territorios y casi desconocidos aún. Además, las cifras estaban allí; Roma no reinaba sin contradicción, más que sobre doscientos millones de católicos, apostólicos, romanos; mientras que los cismáticos, los de Oriente y los de la Reforma, si se los sumaba, pasaban de ese número ¡y qué total cuando se añadía ese millar de millones que aun quedaba por convertir! De una manera brusca, impresionáronle de pronto aquellas cifras, hasta el extremo que experimentó un estremecimiento. ¡Cómo! ¿Era cierto aquello? Aproximadamente unos cinco millones de judíos, cerca de doscientos millones de mahometanos, más de seiscientos millones de sectarios de Brahma y de Buddha, sin contar con los cien millones de otros paganos, en

total un ciento de millones, y ante ese millar de millones los cristianos no eran más que unos cuatrocientos millones fraccionados por continuas divisiones, entregados á una continua batalla, ¡la mitad con Roma y la otra mitad contra Roma! ¿Era esto posible que Cristo no hubiese conquistado en diez y ocho siglos, más que el tercio de la humanidad y que Roma, la eterna, la todopoderosa, no contase como sumisa más que la sexta parte de los pueblos? ¡Una sola alma salvada por cada seis! ¡Qué proporción más desventajosa!

El mapa mundi hablaba, sin embargo, con la brutalidad de los hechos; el imperio de Roma, señalado con color rojo, no era más que un punto perdido, cuando se le comparaba con el imperio de otros dioses, pintado en amarillo, con los territorios inacabables, que la Propaganda tenía aun que someter. Y la pregunta se hacía ella sola ¿cuántos siglos se necesitarían para que las promesas de Cristo se cumpliesen, la tierra entera estuviese sometida á su ley y la sociedad religiosa dominase por completo á la sociedad civil, no formando más que un solo reino, una sola creencia? Y ante esa pregunta, ante esa tarea inmensa, prodigiosa, que había que terminar, qué asombro no se experimentaba cuando se pensaba en la tranquila serenidad de Roma, en su paciente obstinación, que no ha dudado jamás, que duda hoy menos que nunca, siempre con las manos á la obra por medio de sus obispos y de sus misioneros, incapaz de cansarse, haciendo su obra como los infinitamente pequeños han hecho el mundo, con la absoluta certidumbre de que ha de llegar un día en que ella sola sea la dueña y señora de la tierra!

¡Ah! Pedro veía aquel ejército continuamente en

marcha, lo oía en aquel momento, al otro lado de los mares, á través de los continentes, preparando y asegurando la conquista política en nombre de la religión. Narciso le había contado alguna vez con qué cuidado tenían las embajadas que vigilar las maniobras de la Propaganda en Roma, porque las misiones eran á veces instrumentos nacionales que allá, á lo lejos, tienen fuerza decisiva. Lo espiritual asegura lo temporal y las almas conquistadas entregan los cuerpos. Así aquella era una lucha incesante en la que la congregación favorecía á los misioneros de Italia ó de las naciones aliadas, de las que deseaba la ocupación victoriosa. Siempre se había mostrado celosa de su rival francesa, de la Propaganda de la Fé establecida en Lyon, tan rica, tan poderosa y mejor dotada de hombres de energía y de valor. No se contentaba en abrumbiarla con un tributo exorbitante, si no que la contrariaba, la sacrificaba con todos aquellos puntos en que temía su triunfo.

En muchas ocasiones los misioneros franceses y las órdenes francesas se veían arrojadas de un país para ceder su puesto á religiosos italianos ó alemanes. Y era ese hogar secreto de intrigas políticas lo que Pedro adivinaba á la sazón bajo el ardor civilizador de la fé en aquel despacho que el sol, no iluminándolo, jamás alegraba. Habíase apoderado de él otra vez el extremecimiento, ese extremecimiento de las cosas que se saben y que de pronto un día, inesperadamente, se os presentan monstruosas y aterradoras. ¿No era para trastornar á los más prudentes, hacer palidecer á los más animosos esa máquina de conquista y de dominación universalmente organizada, funcionando en el tiempo y en el espacio con una testarudez eterna, no

contentándose solo con las almas, sino trabajando además para su reinado futuro sobre todos los hombres y, no pudiendo aun tomar posesión de éstos, dispone y los cede al amo temporal que se los guardará? ¡Qué ensueño más prodigioso, Roma sonriente esperando con tranquilidad el siglo en que haya podido absorber los doscientos millones de mahometanos y los setecientos millones de sectarios de Brahma y de Buddha, para formar un pueblo único del que será la reina espiritual y temporal en nombre de Cristo triunfante!

Un ruido de tos hizo volver á Pedro que se estremeció al ver al cardenal Sarno, al que no había oído entrar. Para él fué aquello de encontrarle mirando el mapa-mundi, como si le sorprendiesen en el acto de cometer una mala acción ó violando el secreto de una correspondencia. Un rojo intenso cubrió el rostro de Pedro.

Pero el cardenal, que le miró por un momento fijamente con sus ojos empañados, se fué á su mesa y se sentó pesadamente en su sillón sin decir ni una palabra. Con un gesto le dispensó del acto de besar el anillo.

—He querido presentar mis respetos á vuestra eminen-
cia... ¿es que está enfermo?

—No, no tengo nada más que este maldito catarro que no quiere abandonarme! ¡Y además tengo en este momento tantos asuntos que despachar!

Contemplóle Pedro y vióle, á la luz de la ventana, tan enteco, tan contrahecho, con el hombro izquierdo más alto que el derecho, no teniendo nada viviente, ni aun la mirada en su rostro gastado y terroso. Al verle, se acordó de uno de sus tíos de París, el que,

después de pasar treinta años en el fondo de la oficina de un ministerio, tenía esa misma mirada apagada, esa piel apergaminada, ese embotamiento fatigado de todo su sér. ¿Sería posible que aquel otro viejecillo amojamado, y que flotaba dentro de su sotana negra ribeteada de rojo, fuese el amo del mundo, poseyese hasta un extremo tal el mapa del cristianismo sin haber salido nunca de Roma, que el Prefecto de la Propaganda no se atrevía á tomar ninguna decisión sin preguntarle antes su opinión?

—Sentaos un momento, señor abate... Puesto que vinísteis á verme es por que tenéis que pedirme algún favor...

Y preparándose para escucharle púsose á revolver, con sus delgados dedos, los legajos que tenía amontonados delante de él, dirigiendo una mirada rápida á cada documento, lo mismo que un general, un táctico de profunda ciencia cuyo ejército está lejos y al que guía á la victoria desde el fondo del gabinete en que trabaja sin perder nunca ni un solo minuto.

Un poco cortado al ver que, desde luego, le hablaban con tanta claridad del objeto interesado de su visita, decidióse Pedro á precipitar las cosas.

—En efecto, me he permitido venir para pedir consejos á la alta sabiduría de su eminencia, que no debe ignorar que vine á Roma para defender mi libro, y me consideraría muy dichoso si quisiere dirigirme, ayudarme con su experiencia.

Con mucha brevedad le manifestó en que estado se hallaba su asunto y defendió su causa. A medida que iba hablando observaba que el cardenal le hacía menos caso, pensando en otra cosa como si no alcanzase á comprender lo que le decían.

—¡Ah! ¡Sí, habéis escrito un libro del que se ocuparon una noche en casa de *donna* Serafina... Esto es una falta, por que un presbítero no debe escribir nunca, ¿á qué? Y si la congregación del Indice le persigue será por que tiene seguramente razón, ¿qué puedo hacer? No soy miembro de esa congregación y no se nada, absolutamente nada.

En vano trató Pedro de enterarle, conmoverle, sintiéndose desesperanzado al tropezar con aquella firmeza é indiferencia. Y se dió cuenta de que aquella inteligencia vasta y penetrante en el dominio que evolucionaba hacía cuarenta años, se volvía obtusa en cuanto salía de su especialidad. No era ni curiosa ni ductil. En sus ojos acababan de apagarse todas las chispas de vida, el cráneo parecía deprimirse y el rostro todo, adquiriría un aspecto de mortecina imbecilidad.

—No se nada, ni puedo nada, — repitió, — y nunca he recomendado á nadie.

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, añadió:

—Pero Nani anda en todo eso, ¿qué fué lo que él os aconsejó que hiciésteis?

—Monseñor Nani, tuvo la amabilidad de decirme cual era el nombre del letrado-relator. Es monseñor Fornaro y me dijo que fuese á verle.

El cardenal se sorprendió y hasta pareció despertar-se. Un destello de luz iluminó su mirada.

—¡Ah! ¡En verdad!... ¡Ah! ¡En verdad!... ¡Pues bien, para que Nani haya hecho eso es preciso que tenga su idea... Id á ver á monseñor Fornaro.

Levantóse de su sillón y despidió á su visitante que tuvo que darle las gracias é inclinarse profundamente. Después, sin acompañarle hasta la puerta, volvióse á sentar con mucha tranquilidad y no se oyó en la mor-

tecina habitación más que el crujido de los papeles producido por sus huesosos dedos al revolver los legajos.

Siguió dócilmente Pedro el consejo y decidió pasar por la plaza de Navona al regresar á la vía Julia; pero en casa de monseñor Fornaro, un criado le dijo que su amo acababa de salir y que era necesario que fuese muy temprano si quería verle, siendo lo mejor á eso de las diez. No pudo, por tanto, ser recibido hasta el día siguiente. Antes tuvo buen cuidado de informarse y pudo enterarse lo suficiente acerca del prelado; su nacimiento en Nápoles, los estudios empezados en aquella ciudad en el convento de los Padres Barnabitas y terminados en el seminario de Roma y, por último, el largo profesorado en la Universidad gregoriana. Era, á la sazón, consultor de muchas congregaciones, canónigo de Santa María la Mayor y su ambición del momento, la más inmediata, era la de llegar á ser del momento, la más inmediata, era la de llegar á ser algún día nombrado secretario de la Consistorial, cargo cardinalicio que lleva como consecuencia la púrpura. Considerábanle como á teólogo notable, si bien se le tildaba algunas veces por que sacrificaba en el altar de la literatura escribiendo artículos en varias revistas religiosas, aunque tenía la alta prudencia de no firmarlas. Se decía también que era muy mundano.

En cuanto Pedro entregó la tarjeta le recibieron y habríasele ocurrido quizás la idea ó la sospecha de que le esperaban, si la acogida que le dispensaron no la disipara al observar una sincera sorpresa mezclada con algo de inquietud.

—El señor abate Froment, el señor abate Froment,
—repitió el prelado leyendo la tarjeta que conservaba

en la mano.—Hacedme el favor de pasar, os lo suplico... Iba á dar orden para que no entrase nadie por que tengo mucho trabajo... pero no importa... sentaos.

Pedro se quedó encantado, contemplando, admirado, á aquel hombre apuesto que no representaba los cincuenta años que ya contaba. Sonrosado, afeitado, con los bucles del pelo muy poco encanecidos, tenía una nariz bien formada, lábios húmedos, ojos acariciadores, siendo la personificación de todo lo que la prelación romana puede presentar como atractivo y decorativo. Tenía realmente un aspecto soberbio con su sotana negra con cuello color violeta, su persona muy bien cuidada y su elegancia correcta, sencilla. La vasta sala en que recibía, iluminada alegremente por dos grandes ventanas que daban á la plaza de Navona, estaba amueblada con un gusto muy raro hoy entre el clero romano, y tenía un buen aroma formando como un marco de buen humor y bondadosa acogida.

—Sentaos, pues, señor abate Froment, y tened la bondad de decirme á que debo el honor de vuestra visita.

Habíase tranquilizado recobrando su aire amable, sencillamente servicial, y Pedro, de pronto, ante esa pregunta tan natural, que había debido prever, se quedó cortado. ¿Iba á abordar directamente el asunto y á manifestar el delicado motivo de su visita? Comprendió que aquel sería el partido más digno y más sencillo.

—¡Dios mío! Ya sé, monseñor, que lo que hago no se debe hacer nunca ni debí presentarme ante vos: pero me aconsejaron que diese este paso y me pareció que entre personas honradas no puede ser nunca malo el buscar la verdad de buena fé.

—¡Cómo! ¡Cómo! ¿Qué quereis decir?—preguntó el prelado con un aire de candor perfecto y sin dejar de sonreír.

—Pues bien, sencillamente, que he sabido que la congregación del Índice os había mandado mi libro *Nueva Roma*, encargándoos que lo examináseis y me atreví á presentarme ante vos para el caso de que tuviéseis que pedirme algunas explicaciones.

Monseñor Fornaro no quiso, al parecer; escuchar nada más. Se echó hacia atrás llevándose las manos á la cabeza, pero mostrándose siempre cortés.

—¡Nó! ¡Nó! No me habéis, no continúeis, porque me daríais un disgusto muy grande... Supongamos, si quereis, que os han engañado porque no se debe saber, no se sabe nada, los demás saben tan poco como yo... Por favor no hablemos de esas cosas.

Felizmente para Pedro, que antes había observado el efecto decisivo que producía el nombre del auditor del Santo Oficio, tuvo la idea de responder:

—No trato, monseñor, de ocasionaros el menor disgusto y os repito que jamás me habría tomado la libertad de veniros á importunar, si monseñor Nani no me hubiese dado á conocer vuestro nombre y las señas de vuestra casa.

Una vez más, fué decisivo é inmediato el efecto. Sólo que monseñor Fornaro empleó para rendirse esa gracia fácil, peculiar de todo cuanto hacía. No cedió en el acto si no que al principio se mostró muy malicioso y reticente.

—¡Cómo! ¿Es monseñor Nani el indiscreto? Pues le regañaré y me enfadaré. ¿Y qué sabe él? No pertenece á la congregación y muy bien pudo haber sido inducido á error. Le direis que se ha equivocado, que no tengo

nada que ver en vuestro asunto y con esto aprenderá á no revelar secretos necesarios y de todos respetados.

Después amablemente con sus ojos acariciadores y su boca sonriente:

—¡Vamos! Puesto que monseñor Nani lo desea no tengo inconveniente, mi querido señor Froment, en charlar un rato con vos, pero ha de ser con la condición de que no sabreis nada por mi conducto ni de mi escrito, ni de cuanto haya podido hacerse ó decirse en la congregación.

A su vez sonrióse Pedro porque le admiraba hasta que extremo se hacían fáciles las cosas cuando se ponían á salvo las formas. Y una vez más su caso, el asombro profundo que le produjo el proceso formado á su libro é ignorancia en que se hallaba respecto á las equivocaciones que hubiese podido cometer y que en vano buscaba, pues no las encontraba.

—¡De veras! ¡De veras!—repitió el prelado con el aire de persona á la que admira tanta inocencia.—La congregación es un tribunal y no puede proceder más allá cuando la ponen al corriente de un asunto. Si se persigue vuestro libro, es que lo han delatado.

—¡Sí, me han delatado! ¡Ya lo sé!

—No hay duda, y esa delación la hicieron tres obispos franceses, cuyos nombres me permitireis que me calle, y en vista de esa delación, la congregación dispuso pasase á examinar la obra sospechosa.

Asustado contemplóle Pedro ¡delatado por tres obispos! ¿Y porqué, y con qué objeto?

Acordóse otra vez de su protector.

—Vamos á ver; el cardenal Bergerot me escribió una carta aprobatoria que puse como prefacio al frente

de mí obra, ¿es que esto no era una garantía que debía haber bastado al episcopado francés?

Monseñor Fornaro meneó la cabeza con disimulo antes de decidirse á contestar:

—¡Ah! Sí, sin duda, la carta de su eminencia es un hermoso documento... pero, sin embargo, creo que hubiera obrado mas acertadamente no escribiéndola, tanto por él y sobre todo por vos.

Y como observase que el presbítero, cuya sorpresa iba en aumento, disponíase á hablar queriendo apremiarle para que se explicase.

—No, no, yo no sé nada, ni digo nada... Su eminencia el cardenal Bergerot es un santo al que todo el mundo reverencia y que si pudiese pecar habría que atribuirlo solo á exceso de corazón.

Quedáronse silenciosos. A Pedro le pareció que se abría un abismo delante de él; no se atrevió á insistir y replicó con alguna violencia:

—En fin, ¿porqué han delatado mi libro y no los libros de los otros? No es esto que yo á mi vez quiera convertirme en un delator; pero cuántos libros conozco acerca de los cuales cierra Roma los ojos, á pesar de que son mucho más peligrosos que el mío.

Aquella vez dijérase que monseñor Fornaro se consideraba muy dichoso al poder participar de su opinión.

—Teneis mucha razón, pues ya sabemos que no podemos perseguir todos los libros malos y esto nos tiene desesperados. Es preciso darse cuenta del número inmenso de obras que tendríamos que leer. Entonces lo que hacemos es condenar las peores en montón.

Enseguida, con mucha complacencia, dió algunas explicaciones. En un principio, ningún impresor podía publicar ninguna obra sin someter antes el manuscrito

á la aprobación del prelado; pero hoy, cuando la imprenta produce tanto, compréndese fácilmente el apuro terrible en que se habrían de ver los obispos si de pronto todos los impresores y editores se sometiesen á esa regla. No habría tiempo, dinero, ni los empleados necesarios para hacer un trabajo tan grande. Así es que la congregación del Indice condena en masa sin detenerse á examinar los libros publicados, ó que se han de publicar aún, que pertenecen á determinadas categorías; desde luego todos los libros peligrosos para las costumbres, los libros eróticos, todas las novelas, tras estos, las Biblias en lengua vulgar, porque los libros sagrados no deben permitirse sin alguna discreción; los libros de brujería, los de ciencia, historia ó filosofía contrarios al dogma, los libros de heresiarcas ó de simples presbíteros en que se discute la religión. Estas eran leyes muy prudentes dictadas por diferentes papas, cuya exposición servía de prólogo al catálogo de libros prohibidos que la congregación publicaba, y sin las cuales, ese catálogo, para estar completo, habría llenado por sí solo una biblioteca. En resumen, que, cuándo se echaba una mirada por él, se veía que la interdicción alcanzaba sobre todo á los libros de los sacerdotes, pues Roma, ante la dificultad enorme de semejante tarea, no podía tener más cuidado que el de velar por la disciplina y buena policía de la Iglesia. Este era el caso de Pedro y de su obra.

—Ya comprendereis,—siguió diciendo monseñor Fornaro,—que no vamos á hacer el reclamo á un montón de libros malsanos, honrándolos con una condenación particular. En todos los pueblos hay legiones de ellos y no tendríamos ni bastante papel, ni tinta suficiente para ocuparnos de todos. De vez en cuan-

do, nos limitamos á condenar uno, cuando está firmado por un autor de nombre célebre y que mete mucho ruido ó encierra ataques inquietantes contra la fé. Esto basta para recordar al mundo que existimos, que nos defendemos sin abandonar ni uno solo de nuestros deberes ó derechos.

—Pero ¿y mi libro? ¿Y mi libro?—preguntó Pedro.
—¿A qué esa persecución contra mi libro?

—Os lo explicaré, querido señor Froment, tanto como me esté permitido. Sois presbítero, vuestro libro obtuvo un gran éxito y publicasteis una edición á precio reducido que se vende muy bien. Y no hablo del mérito literario que es muy grande, un soplo de verdadera poesía que me encantó y por la que os felicito con toda sinceridad... ¿Cómo queríais que en estas condiciones cerrásemos los ojos sobre una obra en la que se habla del aniquilamiento de nuestra santa religión y de la destrucción de Roma?

Pedro se quedó con la boca abierta y estupefacto.

—¡Santo Dios! ¡La destrucción de Roma! ¡Pero si precisamente yo la quiero rejuvenecida, eterna y de nuevo señora del mundo!

Y dejándose arrastrar por su ardiente entusiasmo, se defendió otra vez, confesó su fé una vez más; el catolicismo volviendo á ser la primitiva Iglesia, sacando una sangre regenerada del cristianismo fraternal de Jesús; el papa libertado de toda realeza terrestre, reinando sobre la humanidad entera por medio de la caridad y el amor, salvando al mundo de la horrenda crisis social que le amenaza, para conducirlo al verdadero reino de Jesús, á la comunidad cristiana de todos los pueblos reunidos en uno solo.

—¿Es que el Santo Padre puede desaprobar mi obra?

¿Es que no son esas sus ideas secretas que se empiezan á adivinar, y que mi único error consiste en manifestarlas demasiado pronto ó con libertad excesiva? ¿Acaso, si me permitiesen verle, no conseguiría yo que cesasen inmediatamente todas las persecuciones?

Monseñor Fornaro no hablaba ya, limitándose á hacer movimientos con la cabeza, sin incomodarse por el arranque juvenil del presbítero. Al contrario, sonreía con una humildad cada vez mayor, como si gozase ante tanto sueño é inocencia tanta. Al cabo respondió alegremente:

—¡Id! ¡Id! No seré yo el que os detenga; me está prohibido deciros nada... pero el poder temporal... el poder temporal...

—¡Y bien! ¿Y el poder temporal?—preguntó Pedro.

De nuevo dejó de hablar el prelado, levantando hácia el cielo su rostro amable y movía con animación sus bien cuidadas manos. Y cuando dijo algo, fué para añadir:

—Después hay eso de la nueva religión... porque esas palabras figuran dos veces... religión nueva, ¡oh! ¡Dios mío!

Se agitó un poco más, y al tratar ese punto, se mostró tan asombrado, que Pedro, dominado por la impaciencia, exclamó:

—No sé cual será vuestro dictámente, monseñor, pero lo que sí puedo aseguraros, es que jamás intenté atacar al dogma. Y esto, de buena fé, resalta en todo mi libro, pues solo traté de hacer una de compasión y de salvación... En buena justicia hay que tener en cuenta las intenciones.

Monseñor Fornaro había vuelto á mostrarse muy tranquilo y paternal.

—¡Oh! ¡Las intenciones! ¡Las intenciones! —exclamó.

Se puso en pié para despedir al visitante.

—Podéis estar convencido, mi querido señor Froment, que me honra mucho el paso que dísteis... Como es natural, no puedo revelaros cual puede ser mi dictámen; hemos hablado mucho y hasta debí haberme negado á escuchar vuestra defensa. Creedme que, á pesar de eso, estoy dispuesto á servirlos en todo aquello que no vaya contra mi deber... pero temo mucho que vuestro libro será condenado.

Al observar el sobresalto de Pedro, añadió:

—Si, son los hechos los que se juzgan y no las intenciones, toda defensa es inútil por lo tanto; el libro está ahí tal cual él es. Por muchas explicaciones que déis no lo cambiaréis... Esa es la razón por la que la congregación no oye ni cita jamás á los acusados, ni acepta de estos más que la retractación pura y simple. Y lo más prudente, lo más acertado que podríais hacer, era retirar vuestro libro, someteros... ¿No? ¿No queréis? ¡Ah! ¡Qué joven sois aun, amigo mío!

Y rióse alto al observar el gesto de rebelión, de indomable fiereza que se había escapado á su joven amigo, como llamaba á Pedro. Luego en la puerta, y en un arranque de nueva expansión, le dijo en voz baja:

—Veamos, querido. Deseo hacer algo en vuestro favor y voy á daros un buen consejo... En el fondo yo no soy nada... Entrego mi dictámen, lo imprimen y pueden tomarlo ó no en cuenta... Mientras que el secretario de la Congregación, el padre Dangelis, puede hacerlo todo, hasta lo imposible... Idle pues á ver... vive en el convento de los Dominicos, detrás de la pla-

za de España. No me nombréis siquiera. ¡Y hasta la vista, querido, hasta la vista!

Aturdido Pedro, encontróse en la plaza de Navona sin darse cuenta de lo que debía creer ó esperar. Apoderábase de él un pensamiento de cobardía. ¿A que continuar una lucha en la que los adversarios continuaban siendo desconocidos, intangibles? ¿Porqué en adelante empeñarse en permanecer en aquella Roma que apasionaba tanto y que al mismo tiempo era tan falaz? Huiría, regresaría aquella misma noche á París, desaparecería y olvidaría las amargas desilusiones, entregándose á la práctica de la mas humilde caridad. Hallábase en uno de esos momentos de abandono en que la tarea, durante largo tiempo soñada, se presenta de pronto como imposible; pero en medio de su decepción seguía su camino, iba sin embargo á su objeto. Cuando se vió en el Corso, y mas tarde en la calle de los Condotti y por último en la plaza de España, resolvió ver al padre Dangelis. El convento de los dominicos está allí, al pie de Santa Trinidad de los Montes.

¡Ah! Nunca había pensado en los dominicos mas que con respeto, al que se mezclaba un poco de temor. ¡Durante cuantos siglos fueron los sostenedores mas vigorosos y que con más ahinco defendieron la idea autoritaria y teocrática! La Iglesia les debió su más sólida autoridad y fueron los soldados gloriosos de su victoria. Mientras que San Francisco conquistaba para Roma las almas de los humildes, Santo Domingo la sometía las de los inteligentes y de los poderosos, toda las almas superiores. Y esto apasionadamente, con una llama de fé y de voluntad admirables, empleando todos los medios de acción posibles, la predicación, el libro, y hasta por la presión policiaca y judicial. Si no creó